



La señal

Rita I. Maldonado Arrigoitia

Sometido: octubre, 2011

Aceptado: noviembre, 2011

Para Héctor Otero Burgos, cuya gracia para narrar la historia que da origen a este relato es insuperable.

Venía bajando la cuesta de la calle acompañada por una brisa desafiante y traía el cabello suelto. Enseguida corrió el rumor por el barrio y mi padre, con cara de angustia, le avisó a mi madre. Instintivamente, ésta se mordió el labio inferior y se llevó las manos a la cabeza. Mi hermano menor era todavía un niño y asustado les preguntaba si era cierto lo que decían de ella. Sin poder disimular la consternación, sólo le respondían que dejara de entrometerse en conversaciones de adultos. No sabían que yo -que ese mismo día cumplía diecisiete y disfrutaba inventándole historias al pequeño de la casa- le había dicho que Laura estrangulaba a los niños amarrándoles el cuello con su pelo. En realidad, lo que pretendía era que no la miraran y mucho menos que se le acercaran. Mi hermano repitió el cuento a sus compañeros de juego y bastaba decir que Laura andaba con el pelo suelto para que desalojaran la calle y hasta los murciélagos abandonaran los árboles y volaran a sus cuevas.

La primera vez que la vi, fue a mis siete u ocho años. Recuerdo que lucía una melena brillante y lacia pero con leves ondulaciones, que me hacía pensar en una cascada de chocolate oscuro que invitaba a sumergirse en ella. Entró a la casa con sus dos hijos flacos y tímidos, escoltada por mi Abuelo, la noche que terminaba el novenario por la muerte de la Abuela. Atravesaron el balcón en el que los hombres conversaban, mientras bebían ron con anís, y pasaron a la sala donde las mujeres rezaban. Los niños jugaban a las escondidas entre los flamboyanes, excepto yo que estaba castigado por lanzarle una piedra a un primo majadero. Me obligaron a permanecer al lado de mi madre hasta que acabaron las oraciones, así que pude observar todo lo que mi curiosidad de niño me permitió entender. Hicieron su entrada sorpresiva justo en medio de las letanías que pondrían fin al rezo. Tití Gloria, dirigía el rosario y se ahogó de la impresión. Mi madre y la mayor de mis tías corrieron a la cocina a buscarle agua, aprovechando la excusa para comentar sobre la inesperada visita. Decidieron aguardar a que concluyera el rosario para increpar al Abuelo, no fuera a quedarse la pobrecita difunta en el purgatorio o en algún lugar a mitad de camino hacia el cielo. Pero no pudieron evitar las murmuraciones entre una y otra letanía.

-Santa Virgen de las Vírgenes -rogaba Tití Gloria y tocía.

-Ruega por nosotros -contestaban las demás mientras rumoreaban.

-Madre castísima



- Ruega por nosotros* -Dios que me perdone, pero esos dos se traen algo.
- Madre inmaculada*
- Ruega por nosotros* -Esto no me huele bien.
- Torre de David*
- Ruega por nosotros* -Todavía el cuerpo de la difunta está calientito y ya anda con otra.
- Torre de marfil*
- Ruega por nosotros* -Ese viejo es un sinvergüenza.
- Virgen clemente*
- Ruega por nosotros* -Más desvergonzada es ella.

Finalizadas las letanías nadie se fue de la casa. Los vecinos se quedaron bebiendo café y comiendo del queso de bola colocado en bandejas sobre la mesa del comedor mientras, con disimulo, esperaban el desenlace de la reunión que improvisaron las tías en la cocina. Habían llamado al Abuelo para cuestionarle sobre su acompañante y él, sin tapujos, anunció que en adelante viviría en la casa. Añadió que un hombre necesita estar acompañado siempre, que ya la madre de ellas había muerto y que estaba viejo para escuchar regaños. Aquello acabó, literalmente, como el rosario de la aurora. Tití Aída cogió la escoba para sacar a la intrusa de la casa a fuerza de palos. Abuelo la enfrentó, forcejearon, el palo se desprendió y ella cayó con la falda levantada y la enagua de encajes a la vista de todos. Por fin mi padre, el mayor de los hijos varones, intervino. Sermoneó a las hermanas diciéndoles que los hijos tienen el deber sagrado de honrar a sus padres y que, por más insensatos que éstos fueran, no se les podía faltar el respeto pues así lo ordenaba el cuarto mandamiento de la Ley de Dios. Resolvió que la mujer no podría quedarse allí esa noche, “en consideración a la Vieja que en paz descanse”, y que más adelante se hablaría del asunto.

Gritando maldiciones y amenazas, el Abuelo se fue con Laura y sus hijos y nunca he sabido dónde pasaron la noche. Lo cierto es que al día siguiente llegaron temprano y se instalaron en la casa para siempre. Nadie se atrevió retar al Viejo que traía en la mano los rayos del sol brillando en la hoja de su machete. Dijo que era el dueño de la casa y que para sacarlo de allí habría que matarlo. La familia lo conocía bien y sabía que era mejor evitar cualquier desgracia, así que abandonaron la casona en silencio y mirando al suelo, como en procesión de semana santa. Todos se fueron menos Blanca, que prometió cuidar del Abuelo hasta la muerte según hizo con la Abuela; trabajaba en las tareas domésticas y vivía agradecida de quienes le brindaron un hogar cuando su madre murió. Los familiares se enojaron por un tiempo, pero luego la vida fue suavizando el trato. A fin de cuentas, sabían que el Viejo era mujeriego, borrachón y pendenciero pero, a su modo, los quería. En el pueblo contaban que siempre fue buen mozo y que tenía suerte con las mujeres. Decían que cuando le gustaba una muchacha la montaba en su caballo y se la llevaba. Ninguna puso resistencia frente a la gracia y la astucia del Viejo, ni antes ni después de la Abuela.

Laura no fue la excepción. Sólo que cuando la conquistó él estaba viudo y ella casada con el tabacalero del pueblo, un buen hombre aunque algo taciturno. Todos los días salía montado sobre un caballo pardo con el sombrero de cuero y el rollo de hojas



hiladas que guardaba en un saco y ofrecía por los barrios y rincones del pueblo. Tenía la piel impregnada del olor y el color de la planta y hasta el nombre había perdido a causa de su oficio, pues todos lo conocían como Pepe Tabaco. Lo que, al parecer, nunca imaginó fue que también perdería su esposa seducida por un viejo zalamero. Así lo manifestó con la voz acongojada en la plaza, donde llegó con una maleta y un saco, dos días después de que su mujer lo abandonara. Sin despedirse tomó el primer carro que salió para la capital y nunca regresó. Como sucede en los campos y en los pueblos chiquitos, el chisme se propagó por todos los rincones y antes de que Pepe Tabaco llegara a su destino, todos sabíamos que se había marchado.

Laura era casi cuarenta años más joven que el Abuelo. Era una mujer alta y fuerte, de piernas firmes y caderas anchas. Pasó la mayor parte de su juventud embarazada, pues tuvo dos hijos con el tabacalero y seis con el Abuelo, quien se jactaba de haber engendrado el último a los setenta y cinco años. Laura apenas salía. Pasaba los días trabajando en la finca de la familia, cuidando niños, atendiendo al Abuelo y, aunque Blanca la ayudaba en los menesteres de la casa, la vida se le iba entre los deberes que imponían la tierra y el hogar. Se vestía con pantalones holgados y blusa blanca con botones. Llevaba el pelo siempre recogido en una cola de caballo que jamás soltaba. Pasaron muchos años desde la noche que apareció en el rosario de la Abuela, antes que alguien volviera a verla con la melena desatada. Las veces que fui a la casa se mantenía afanada entre una tarea y otra. Era de poco hablar pero le gustaba cantar. Su voz melodiosa tenía tonos tristes que sugerían gemidos; parecía la prolongación de un llanto que no buscaba consuelo. Sus ojos siempre miraban al horizonte, como si trataran de divisar otro mundo, otra suerte, otra vida.

Después que nació el último hijo, el Viejo comenzó a introducir a su joven mujer en el gusto por beber alcohol. Todas las tardes pasaba por el colmado de mi padre, donde yo trabajaba al salir de clases, y me pedía que le despachara una botella de vino "Canario". Al principio, Laura sólo consumía medio vaso, luego un vaso entero, después medio litro y con el tiempo se peleaban por la botella. Por eso ella decidió adquirir su propia dosis. Cuando ya él estaba borracho, sigilosamente buscaba en la lata donde el Viejo guardaba el dinero y al otro día salía con su pelo recogido a comprar leche y otros víveres, entre los cuales ocultaba un vino que no compartiría. Mientras el marido dormía, vaciaba la botella cantando boleros de amor y despecho. Esto me lo confesó ella misma la tarde que no le alcanzó el dinero para la bebida y yo, con gran artimaña pero con las manos temblorosas, escondí una botella en su bolsa.

Poco tiempo después, al Abuelo se le fueron entumeciendo el cuerpo y los pensamientos. En los días de lluvia y en las noches frías, las corrientes de un viento álgido bajaban por las montañas del centro de la Isla, se colaban por las hendidias de la casona de madera y le enmohecían los huesos, que chirriaban igual que los pasos de Blanca sobre el piso de madera cuando salía apurada a buscarle los remedios para los dolores. Iba a casa de Doña Cándida, la espiritista y curandera del barrio, que preparaba las fórmulas curativas en envases de cristal que dejaban ver los colores de los brebajes. Al Viejo se le deformaron las manos y las rodillas, y se le enmarañaron las ideas. Cada



vez era más difícil seguir el hilo de los relatos en los que mezclaba personajes y confundía fechas, al punto que la bisabuela terminaba casada con algún nieto. Pero Papá siempre conservó la costumbre de llevarme a escucharlo repetir y trastocar historias familiares. Pasaba la mayor parte del tiempo en su habitación, sentado en la mecedora de caoba y paja. Algunos días, de manera asombrosa, se levantaba, iba a la finca y ejercitaba los brazos subiendo y bajando el machete mientras cortaba el pasto, desganchaba árboles y abría surcos en la tierra. Blanca insistía que era por las medicinas de Doña Cándida, mi padre creía que era un milagro de Dios y Laura no decía nada.

A Laura apenas le alcanzaba el dinero para vivir, en cambio le sobraban las ansias de embriagarse. Ya no le bastaba una botella; necesitaba más y mi complicidad era inútil, pues Papá se lo sospechaba y no me permitía despacharle bebidas alcohólicas, “la comida se la puedes regalar, pero si quiere beber no va a ser a costa mía”, me decía.

Una noche llegó a la tienda donde se reunían los hombres del barrio. Mi padre cerraba a las seis y media, y el único lugar que abría hasta la madrugada era la barra de Moncho. Quedaba cerca del negocio de mi familia, así que los viernes y sábados, después de cuadrar las cuentas y ordenar el colmado, Papá me permitía acompañarlo a jugar dominó y, casi siempre, consentía que me tomara una cerveza. Cuando entré no la reconocí, hasta que una oscura cascada, que se movía irreverente, me transportó al novenario de mi abuela. Estaba de espaldas a la entrada, sentada en uno de los taburetes de la barra. Moncho nos dijo que llegó sola, a las siete en punto, pidió dos copas de vino y las virtió en el vaso grande que estaba saboreando. Movía el líquido con el dedo índice y luego se lo echaba a la boca. Entonces apuraba un sorbo largo que tragaba con ansiedad.

Tan pronto acabó el vino comenzó a entonar boleros y, al terminar cada uno, pedía ser compensada con una copa. Cantó hasta emborracharse y perderse en la noche. Al otro día, repitió la rutina de canjear canciones de despecho por vino Canario hasta quedar inconsciente. La noche siguiente, ya nadie quería escucharla balbucear letras confusas con la lengua enredada. Entonces, todos quedaron sorprendidos cuando empezó a despojarse de su atuendo a cambio de un trago. Primero, se quitó el collar de cuentas esmaltadas que imitaban perlas y lo obsequió a quien le pagó el próximo trago. Después se desató la correa y la amarró de una silla. Prosiguió con las sandalias que lanzó al público. Luego fue desabotonando la blusa blanca y por cada botón que abría recibía una copa. Quedó con el torso cubierto únicamente por el sostén, el cual más tarde también desabrochó, dejando a la vista dos campanas color rosa que se movían sincronizadas con el ritmo de la canción que entonaba, animada por el elixir que pagaba algún vecino tentado por la curiosidad y el deseo.

Sin embargo, Laura no permitía que se le acercaran, menos aun que la tocaran. Su altivez sugería que mirarla era un privilegio que ella concedía por el mínimo costo de un vino barato. No sé si por sorprendidos, por cobardes, o por respeto a mi padre, los clientes del bar la obedecieron. Nadie traspasó los límites impuestos por Laura. Hubiese dado mi mesada de un año por disfrutar, aunque fuese a distancia, la belleza de aquel cuerpo arropado por la negra catarata. Pero mi padre me obligaba a cambiar la mirada y



me advertía que por verla podía quedarme ciego, pues era la mujer de mi abuelo. Ni la amenaza del castigo divino me impedía mirarla, aunque fuese de reojo. Tenía la piel como recién rozada por el sol, los muslos torneados como los de una atleta y, aunque tanto embarazo había redondeado un poco su vientre, aun conservaba las curvas que marcaban el camino entre la cintura y las caderas.

Muy temprano al día siguiente, me ofrecí a abrir la tienda. Era un sábado nublado pero sin lluvia. Las puertas de los hogares aun permanecían cerradas y el silencio triste de la mañana arrojaba el barrio, que con sus casitas de colores parecía un cementerio cargado de flores. El colmado se encontraba cerca de la casa, en la esquina al finalizar la calle, así que corrí a toda velocidad, como si un animal salvaje me persiguiera. Quería encontrarla y obsequiarle una botella que me hiciera acreedor de su afecto, aunque me arriesgara a la zurra inmisericorde que me daría mi padre. Entré a toda prisa en la tienda, abriendo las puertas y las ventanas con brusquedad para que entrara la luz y pudiera encontrar el vino en el estante, antes que alguien llegara. El ruido de los pasadores de metal hizo que Laura despertara. Para mi sorpresa, estaba tirada en un sofá viejo y maltrecho que colocábamos fuera del negocio, en el costado izquierdo, debajo de la ventana de madera. Tenía la ropa sucia, el cuerpo maloliente y el cabello rebelde arrastrándole por el piso, pero a su rostro había retornado la quietud cotidiana y devastadora. Entonces, la vi buscarse desesperadamente en los bolsillos hasta encontrar un rodete con el que se amarró el cabello. Sólo así se puso de pie, su mirada se perdió en el infinito y se fue en dirección a su hogar.

Pasaron semanas sin que alguien la viera. Con la excusa de visitar al Abuelo fui a la casa en varias ocasiones. Laura estaba, como de costumbre, trabajando la tierra y cuidando la familia. Mientras desyerbaba, sembraba o recogía frutos, mantenía el pelo recogido, cual dique que evita que el río supere su cauce. En los siguientes meses, apenas se le vio salir, ni siquiera durante el día. Sólo en un par de ocasiones llegó al colmado para comprar alguna provisión urgente. Pedía lo que necesitaba sin levantar la mirada y si era yo quien le despachaba, asomaba una sonrisa trémula y se marchaba con un paso rápido que hacía que la cola de caballo bailara bajo sus hombros.

Habían pasado cinco meses desde que Laura apareció por primera vez en la barra. De pronto, un viernes de marzo, sin que hubiera fiesta ni velorio en el barrio, irrumpió con el pelo libre en la tienda de Moncho. Durante las dos primeras noches vendió hasta emborracharse la melancolía de sus boleros. Luego, según fueron terminando sus auspiciadores, inició el juego de mostrar los encantos que ocultaba la ropa. Cuando todos los hombres del barrio y de las comunidades vecinas se cansaron de escucharla cantar, cuando verla sin ropa dejó de ser novedad, Laura no tuvo más alternativa que proponer un nuevo trueque. Se dejaría tocar por el que le pagara un trago. Fueron pocos los arrojados que aprovecharon la oferta, aunque muchos hubiesen querido. Temían que el Viejo tuviera uno de sus momentos de lucidez y al percatarse de la ausencia de la esposa saliera a buscarla. Todos sabían que la cabeza del osado, junto a la de Laura, iría a parar al filo siempre reluciente de su machete.



Al cabo de varias noches, Laura despertó en el mismo viejo sofá, recogió su melena, su miseria y su pena, y sin palabras ni canciones subió la cuesta que la conducía de regreso a la rutina. Dejó flotando en el aire la intriga de si regresaría. Los hombres decían que la próxima vez tendría que permitir algo más que caricias, aunque cobrara con botellas en lugar de copas. La pregunta que se hacían era quién sería el atrevido.

Mientras tanto, mi padre no me llevó más a la casa del Abuelo. No volvió a visitarlo desde la primera vez que Laura apareció en el bar. Decía que aunque el Viejo ya no entendía mucho, le resultaba penoso mirarlo a los ojos sabiendo lo que había hecho su mujer. Decidió que ninguno de la familia visitaríamos la casona mientras ella viviera allí. Por eso se molestó cuando supo que yo iba a escondidas donde el Abuelo. Por no delatarme, obedecí y fingí que no me interesaba volver. Pero en mi cabeza persistía un deseo inconfesable que perturbaba mi consciencia y mis hormonas. Quería volver a ver la oscura cabellera revuelta, desenfadada, sin ataduras. Ahorraba casi todo el dinero que mi padre me pagaba por ayudarlo en la tienda, al punto que ya podía comprar una caja de botellas vino, aunque mucho temía que me sería imposible obsequiarle ni una copa. Esperaba impaciente los fines de semana para ir al Bar de Moncho. Me sentaba en el taburete contiguo al que ella usaba y cada vez que escuchaba sonar la cortina de bolas de acrílico que separaban la barra del resto del negocio, mi cabeza giraba y el corazón se detenía en vano. El tiempo pasó lento y sin esperanzas. La intriga se desvaneció, y los vecinos aseguraron que Laura no regresaría. Comentaban que ya había llegado muy lejos y no se atrevería continuar.

Transcurrió casi un año -once meses y catorce días, para ser exacto- sin que las noches del barrio fueran trastornadas. Los murciélagos festejaban la oscuridad bailando entre los árboles al tiempo que los niños retozaban por el vecindario, los hombres jugaban dominó y bebían alcohol, y las mujeres se mantenían atareadas en sus quehaceres. Excepto en la época navideña o durante las fiestas patronales, no había otra cosa que hacer. Nada interrumpía el tedio nocturno. Pero aquella noche de mi cumpleaños número diecisiete, la algarabía de los muchachos en la calle terminó de repente cuando alguien vociferó, como quien dicta una sentencia: “ahí viene Laura, ¡y trae el pelo suelto!”.